

alusiones a la fenomenología. No todas sus afirmaciones han sido aceptadas, pero hay en ellas un rigor de pensamiento de gran jerarquía.

VICENTE MENGOD

<https://doi.org/10.29393/At420-21HPVM10021>

*Historia de la Pintura*, de ANTONIO R. ROMERA. Zig-Zag, 1968.

Los sicólogos aplican reteles analíticos a ciertas manifestaciones del arte; porque semejante actividad nos entrega, a veces confundidas, las imágenes reales y virtuales de un pueblo.

Con desenvoltura, se manejan conceptos, siempre frágiles, de esencia y desnudez, unidos al problema de "pintar la pintura" y de clasificar los estratos ópticos.

En tales recintos están la verdad y engaño del arte, dejando insinuado el camino hacia un error puro, que sería en definitiva, según expresión de Croce, la afirmación de una verdad nueva.

Ahora bien, los críticos de arte ordenan esos datos y varias fulguraciones de valor para recoger el fruto y aventar la hojarasca, cumpliendo, en última instancia, una misión didáctica, orientadora.

Hace algunos años, Antonio R. Romera publicó una *Historia de la Pintura Chilena*, éxito de crítica y de librería. Agotada la edición, hubo de pensarse en otra "Historia", la misma en esencia, ampliada, perfilados los juicios, confirmadas las aproximaciones estéticas.

Creció el texto, se le incluyeron reproducciones en negro y en color. El libro sorprendió a los eruditos, colmó las exigencias técnicas y tipográficas. La tercera edición se ha publicado recientemente.

Romera, autor de otros libros de doctrina estética, ha revisado las corrientes pictóricas nacionales, las ha confrontado con los movimientos estilísticos de otras latitudes. Así ha podido formular juicios esenciales.

No es fácil acotar la génesis y las oscilaciones del arte pictórico chileno. Hace setenta años hubo críticos que se formularon una pregunta: "¿Existe una expresión verdadera y auténtica, caracterizada, de una pintura nacional?".

El libro de Romera, desde su primera edición, es la respuesta a tan difícil interrogante.

Organiza su estudio desde José Gil Castro, analiza el romanticismo, la denominada generación de medio siglo. Se detiene con morosidad en tres maestros solitarios: Alberto Orrego Luco, Ramón Subercaseaux y Juan Harris.

Con la obra de "los cuatro maestros" enlaza los trabajos de sus seguidores. Hasta dar paso a la generación de 1913, a la persistencia del naturalismo. Un grupo de artistas independientes conducen el arte hacia

los módulos puestos en vigencia por el denominado grupo de Montparnasse. Como saeta en permanente vuelo, un conjunto de movimientos afines, que afirman y niegan lo hecho por ciertos maestros. En ellos se hacen patentes los tanteos, las angustias y la inquietud, al buscar soluciones inéditas.

Ese grupo de Montparnasse, con su aureola de renovación y energía, señaló que era necesario llevar a las telas las propias reacciones subjetivas del pintor, sin ceñirse a un estricto estilo plástico, reconociendo, como era lógico, los valores líricos y envanescentes de la pincelada y de la sinfonía colorista.

Escribe el autor: "Cualquiera que sea la importancia del mensaje dejado por esta pléyade, son indudables su valor histórico y el hecho de que señala un momento culminante del arte pictórico chileno".

Sin duda, el afán de clasificar lo disperso conduce a los estratos rígidos, falsos. Por esa razón, Antonio R. Romera, dentro de las breves características comunes de los artistas, extrae algunas cualidades personales, que son las que delimitan la posición del creador de una obra de arte. Por esencia, la pintura es rebelde a los encasillamientos didácticos.

Todos los amantes de lo bello saben el valor sensible que tiene una cuidadosa presentación del libro. Verdadero alarde esta obra, minuciosidad tipográfica y deseo de salvar las dificultades se han dado cita. Como en otros textos, aunque no muchos.

VICENTE MENGOD

*Los Enemigos*, poemas de OMAR LARA. Ed. Trilce-Mimbre, Santiago-Valdivia, Chile. 25 pp.

Ajena a la estridencia iconoclasta de los "renovadores", la poesía chilena más nueva (entiéndase, nueva por edad de sus autores) establece paulatinamente su campo de acción dentro de modos, temas y particularidades del quehacer literario tradicional, y en señalados casos llega a crear dimensiones y perfiles reconocibles como propios. No hay en ella los afanes vanguardistas que por lo general cogen a quienes inician su pluma, y según pareciera, toda su ulterior pretensión consiste en *emerger*, irrumpir, en el contexto de una literatura que se hace en el orden de todo quehacer humano auténtico: sucesiva y necesariamente.

Se ha dado en esta nueva poesía un amplio marco de vectores que apuntan hacia distintas y a veces opuestas soluciones literarias, más que una sola línea que crece y se renueva por el extremo. Las nuevas promociones inscriben su poesía en los supuestos iniciales que pueblan a modo de repertorio generacional el "aire de la época", y luego fijan su ruta en la búsqueda de soluciones originales.